

Las demandas del cuerpo de Roberto Núñez Pérez

Naudín Gracián
Escritor y profesor

Luego de asistir a un encuentro de escritores, además de algo de fastidio por haber escuchado tantos egos, cada uno en pugna por ser tenido en más valía que el resto de escritores asistentes al evento, e incluso que el resto de poetas de que se tenga noticia, me queda una carga algo fastidiosa: leer algunos libros y revistas que me donan. No leerlos me crea el complejo de culpa de estar despreciando el esfuerzo de personas valiosas que están haciendo esfuerzos valiosos por algo que uno ama. Y si uno que ama estas cosas las desprecia, ¿cómo puede pretender que los demás las valoren? Del otro lado, leerlos implica muchas veces hacer el esfuerzo de adentrarme en textos de baja factura literaria, muchos con grandes fallas en el manejo del idioma, en la edición, o que apuntan a gustos muy lejanos a los míos en materia literaria; textos que si no hubieran llegado a mis manos directamente de las de sus autores, con seguridad no leería.

Entonces tomo una decisión salomónica: leerlos sin leerlos. O sea hojearlos y ojearlos de prisa, leyendo un aparte acá, un cuento allá, un poema o unas líneas, con el fin de tener una idea de qué tratan y quizá poder decir algo de ellos si me vuelvo a tropezar con el autor, ya sea en forma presencial, en la web o por teléfono.

En esas estaba luego del Festival de Poesía Alternativa celebrado en Riohacha, La Guajira, cuando le llegó el turno al libro *Poemas al margen / Demandas del cuerpo*, de Roberto Núñez Pérez, al que recuerdo como alguien formal, respetuoso, correctamente vestido y de trato amigable, como corresponde al docente de vieja data y



coordinador de una institución educativa que es. Es un libro con una portada cuyo colorido repele un poco, con fallas de diseño, una razón más para abordarlo con desconfianza. Sentí en los primeros textos que el contenido me repelía menos que la carátula. Al poco tiempo empecé a sospechar que el tipo decía algunas cosas que me hubiera gustado decir; luego me dieron ganas de escribirle un simple saludo y felicitarlo por su escritura; más adelante me pareció apropiado redactar por lo menos un párrafo que pudiera mostrar a sus amigos o familia como prueba de que a alguien, aunque anodino, le gusta lo que escribe (cuando no se es un escritor famoso, suelen ser demasiado pocos los que lo hacen, casi siempre ninguno). Pero el libro continuó imponiéndose, me obligó a seguirlo leyendo, sentí deseos de compartir algunos de sus poemas con alguien, que otras personas sepan que existe, que muchos lo disfruten. Y lo leí completo.

Creo que ese es un gran triunfo de un libro de poemas: que sea tomado sin recomendación alguna, con mucha desconfianza, por alguien cuya pretensión es leerle unos pocos versos, en busca de tener razones para no